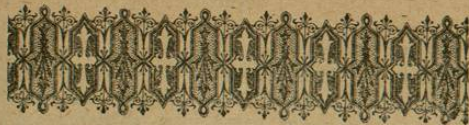


minada la guerra se retiró á la vida privada y fuese á vivir á su hacienda de Chichihualco, donde murió el 22 de Abril de 1854. En 1886 el Gobernador de Guerrero, Arce, celebró el centenario de Bravo erigiéndole una estatua en Chilpancingo.

La figura de Don Nicolás Bravo se destaca imponente y magestuosa en la historia, y siempre digno por sus hazañas, esclarecido por sus levantados sentimientos, es y será en todo tiempo la honra y la gloria de la patria, dice uno de sus biógrafos. El atildado escritor Don Rafael Angel de la Peña escribió un notable artículo en el que hace un paralelo entre César y Bravo, que es digno de leerse, y numerosos son los escritores que se han ocupado de este personaje de la revolución mexicana, que es uno de los más populares de ella y el que más simpatías despierta; el teatro también ha llevado á la escena sus principales hechos, y en los días del Centenario, probablemente, se representará una ópera cuyo argumento es, "Bravo en Medellín," de la que escribió el libreto el conocido literato y hombre público Don Ignacio Mariscal, que poco há bajó á la tumba.



DON MARIANO MATAMOROS

Fué el segundo de Morelos, y esto sólo basta para dar idea de su capacidad, de su genio y de su patriotismo, pues el héroe del Sur sabía escoger á sus hombres y elevarlos según sus méritos, aun cuando no hubiesen tenido ocasión de darlos á conocer todavía. A él lo puso sobre toda esa pléyade de Generales improvisados que tan bien supieron secundar los proyectos del caudillo y que hicieron estremecer en su Palacio al Virrey, á pesar del poder que ejercía y de los elementos que en tres siglos de no disputada dominación había acumulado el Gobierno español.

Se ignora la fecha y el lugar del nacimiento de Matamoros, pues no ha sido posible encontrar dato alguno, si bien no se han buscado con la solicitud que se debiera. La historia lo encuentra en 1811 en su Cu-

rato de Jantetelco, perteneciente al Arzobispado de México, pero no obstante esto, creemos que cuando se disipen las nubes que cubren los primeros años de su vida, se sabrá que fué originario del Obispado de Michoacán, habiendo nacido por los años de 1770 á 1776; si ha de juzgarse por lo que fué después, no es aventurado afirmar que sus estudios fueron brillantes y acaso hechos en el colegio de San Nicolás, de Valladolid, casi al mismo tiempo ó un poco antes que los del mismo Morelos, pues se ha averiguado ya que ambos se conocían antes de 1810, y que Hidalgo también conocía á Matamoros. En la carta á que hicimos referencia en la biografía de Morelos, se habla del Cura interino de Jantetelco, diciéndose que estuvo en Dolores á visitar al iniciador de la Independencia, y que se fué muy entusiasmado y á disponerse para la gran función, ó sea para empezar la revolución, el 29 de Octubre de 1810, como estaba convenido. Ignoramos qué vicisitudes de fortuna fueron las que llevaron á Matamoros al Curato de Jantetelco, pueblillo casi perdido en las últimas estribaciones de la Sierra Nevada, y tan distante de la provincia de Michoacán.

Sea de esto lo que fuere, inútil es perder el tiempo en hacer suposiciones, por lo que nos atenderemos á lo que ya está averiguado. Matamoros era de los conspirado-

res de 1810, y si no se lanzó á la revolución al tener noticia del grito de Dolores, debe haber sido porque aún no contaba con los elementos suficientes para ello, y porque ese grito se adelantó; sabedor desde su Curato de los primeros pasos de la revolución, no pudo, como Morelos, ir en busca de Hidalgo, y permaneció en observación de los acontecimientos, que no tardaron en ser adversos para la causa con la dispersión de Aculco. Sin embargo, no ocultaba sus inclinaciones y simpatías en favor de la Independencia y nada más esperaba una oportunidad para unirse á ellos; esas inclinaciones fueron causa de que los Comandantes realistas lo molestasen continuamente, y por último, de que Roca fuese decidido á prenderlo; Matamoros no lo esperó, sino que dejando su Curato al saber la aproximación de Morelos, caminó rápidamente hacia Izúcar, y el 16 de Diciembre de 1811 se le presentó; como ya se conocían, el segundo empezó inmediatamente á utilizar sus servicios y no lo tuvo como á Bravo, bastante tiempo de subalterno, sino que á los muy pocos días le dió el grado de Coronel, medida que causó algunos celos entre los demás jefes insurgentes.

Después de permanecer algunos días al lado de Morelos en la excursión á Tasco, estuvo en las acciones de Tecualoya y Tenancingo, en la última de las cuales entró

en fuego mandando una sección, y donde obtuvo su grado de Coronel; el 9 de Febrero de 1812, que entraron los insurgentes en Cuautla ya mandaba una parte del ejército, y el 19, día del ataque de Calleja, manda en la Hacienda de Bunavista, en unión de Don Víctor Bravo, y cuando se formalizó el sitio quedó en el mismo sitio. Como empezáran á escasear los víveres, á pesar de los esfuerzos hechos por los insurgentes de afuera para introducirlos, fué enviado Matamoros, llevando á sus órdenes al Coronel Perdíz, cerca de Don Miguel Bravo para intentar la entrada de un convoy: la noche del 21 de Abril rompieron el sitio por el punto de Santa Inés: Perdíz murió, pero el ex-Cura de Jantetelco consiguió llegar á Ocuituco y á la barranca de Tlayacac, donde Bravo tenía sus provisiones, y ambos se dirigieron á la Barranca Hedionda en la madrugada del 27, y con gran brío atacaron el campamento de Llano, mientras otro Cuerpo atacaba el de Calleja y los sitiados hacían una vigorosa salida; el Batallón de Lobera fué desbaratado, pero la nueva batería de Amelcingo rechazó á los asaltantes y la combinación se frustró, con lo que la plaza no pudo ser socorrida, y Morelos decidió abandonarla.

En Chiautla se unió á Morelos con la escasa gente que mandaba, y de ahí pasó á Santa Clara, donde se ocupó de organizar

su tropa; á fines de Junio llegó á Izúcar, donde tuvo conocimiento del bando publicado el 25 de Junio, en el cual el Virrey desaforaba á los eclesiásticos que tomaran parte en la revolución; para demostrar Matamoros que los insurgentes no vulneraban los derechos de esos eclesiásticos al Regimiento de dragones que organizó, le dió el nombre del Apóstol San Pedro y le asignó por bandera un estandarte negro con una cruz roja semejante á la que usan los Canónigos en las ceremonias de la Seña, con la inscripción "Inmunidad eclesiástica." Don Manuel Terán fué el auxiliar de Matamoros en Izúcar, y con él consiguió hacer unos regulares y bien montados cañones. Acabada de organizar la división de este jefe se presentó en Tehuacán, donde Morelos lo nombró su segundo, y lo hizo salir para Oaxaca, cuya plaza iba á ser atacada. Tomó á su cargo el ataque del fortín del Marquesado, que Terán derribó al segundo tiro, y entró á la ciudad, mientras Galeana entraba por otro rumbo y se dirigía á Santo Domingo; en el Carmen se encontró Matamoros con la resistencia que le hacían los religiosos españoles; fácilmente los venció é hizo prisionero al Comandante Régules, que se había escondido en un sepulcro.

Realizado este hecho de armas, donde culminó la fortuna de Morelos, Matamoros se situó en Yanhuitlán en observación de los

Mixtecas en Enero de 1813, pero habiendo enviado tropas á Oaxaca el Capitán General de Guatemala, salió Don Mariano contra ellas (Abril), y las alcanzó en Tonalá el 19 de ese mes; la derrota que sufrió Dambrini fué completa y se vió perseguido hasta más allá de la línea divisoria. El 28 de Mayo hizo Matamoros su entrada triunfal en Oaxaca, vestido con el uniforme de Mariscal de campo y siendo objeto de calurosas felicitaciones: como premio de su victoria recibió el grado de Teniente General, lo que fué materia de rivalidades y celos entre los demás jefes. Vuelto á Yanhuitlán se ocupó activamente en disciplinar á sus soldados, proveerse de pólvora y municiones, fabricar cañones y arreglar las milicias de la provincia, pues era incansable y activísimo y siempre estaba ocupado en hacer algo útil y en hacer que los demás también lo hicieran; como su jefe, Morelos, atendía á todo, por insignificante que pareciese.

No veía, según parece, con muy buenos ojos, á Don Nicolás Bravo, y, sin embargo, corrió en su auxilio, como lo vamos á ver. Comprendiendo que la ociosidad es un mal para el soldado, discurrió de acuerdo con Morelos una nueva expedición á Izúcar, y el 16 de Agosto salió para ella, pero al llegar á Tehuicingo supo que Bravo estaba sitiado en Coscometepec y necesitado de

auxilio; con rapidez reunió las diversas partidas que había más cerca y tomó el rumbo de Chalchicomula, pero en el camino recibió la noticia de que el sitio había sido roto y que Bravo estaba en salvo: al mismo tiempo supo que la tropa realista se disponía á pasar un convoy que estaba detenido por causa de las operaciones del sitio, que exigían muchos soldados; determinó atacar á ese convoy, que iba al mando del Teniente Coronel Don Manuel Martínez y del Comandante Cándano. En la hacienda de San Francisco dispuso el plan de ataque el 13 de Octubre, y ordenó á diversos jefes que salieran en observación del enemigo, en tanto que Zavala empezaba á hostilizarlo. Al día siguiente fué el ataque entre San Agustín del Palmar y Quechula, y tan empeñado estuvo, que llegaron á la bayoneta los contrincantes; Cándano formado en cuadro caminó dos leguas, pero á metrallazos fué desorganizado casi á las puertas de Quechula; Morán, que iba á la vanguardia, consiguió salvar parte del tabaco, pero todo lo demás se perdió, y los soldados, todos españoles, del Batallón de Asturias, no tuvieron otro recurso que tirar las armas y rendirse al grito de "Viva la América," y fueron hechos prisioneros: los realistas perdieron 215 muertos, 368 prisioneros, entre ellos muchos oficiales, y 521 fusiles, sin contar el convoy. Los

prisioneros fueron conducidos á San Andrés y sólo Cándano y un oficial mexicano fueron fusilados; Matamoros celebró con salvas y repiques su victoria, y envió los prisioneros á Acapulco. Aquella victoria se hizo notable por ser la primera vez en que combatiendo de una parte puras tropas españolas y de la otra mexicanas, quedaron derrotadas las primeras, que ya, por cierto, habían sufrido gran quebranto en el sitio de Coscometepec; el Virrey llegó á preocuparse tanto por el suceso, que hasta pensó en el primer momento salir á ponerse al frente del ejército; Castro Terreño, Gobernador de Puebla, que ordenó la salida del convoy, fué depuesto; Martínez estuvo procesado y salió condenado á ser dado de baja por incapaz, y Aguila también fué sumariado. El nombre de Matamoros se hizo muy conocido en toda la Colonia y los afectos á la Independencia cifraron en él grandes esperanzas.

No permaneció mucho tiempo ya en el Oriente, pues llamado por Morelos volvió al Sur y se situó en Tepecoacuilco, de donde marchó á Tlalchapa, y ya unido al resto del ejército se dirigió á Valladolid; derrotados allí, se retiraron á Zatzio y á Puruarán, donde Don Mariano, por instrucciones de Morelos, dió la famosa batalla de Puruarán, en la que se eclipsaron todas sus glorias y él perdió la libertad al buscar paso

por el río, pues el puente había sido ocupado por los realistas. Los prisioneros hechos fueron fusilados en el mismo campo de batalla, y sólo Matamoros fué conducido á Valladolid, engrillado, y sobre una mula aparejada, en Pátzcuaro se le puso á la expectación pública, y durante el camino no se le trató nada bien; por último, llegado á Valladolid fué fusilado, sin formarse gran proceso, el 3 de Febrero de 1814, en el portal que hoy lleva su nombre y donde se lee una inscripción alusiva. Morelos escribió al Virrey proponiéndole el canje de Matamoros por doscientos prisioneros de los Cuerpos expedicionarios que tenía en la costa, pero esta proposición llegó tarde, y aunque hubiera llegado oportunamente, no habría sido aceptada, pues el Gobierno español conocía toda la importancia de su prisionero.

El Congreso de 1823 declaró á Don Mariano Matamoros benemérito de la patria y mandó escribir con letras de oro su nombre en el salón de sesiones. Los restos del héroe, depositados provisionalmente en la capilla de los Terceros de San Francisco, de Morelia, la tarde de la ejecución, fueron trasladados á México en 1823 y enterrados en el altar de los Remedios de la Catedral de México.

Morelos quedó privado de su brazo derecho

y no volvió á tener fortuna en ninguna de las empresas que acometió, pues parece que con la muerte de Matamoros aquel jefe hasta la facultad de discurrir acertadamente perdió.



DON LEONARDO BRAVO

El jefe de la numerosa familia que en el Sur se lanzó decidida á luchar por la causa nacional y que supo morir por ella, bien merece un lugar distinguido en esta galería de caudillos independientes.

Era nativo de Chilpancingo, donde nació el año de 1764, de una acomodada familia española; creció cerca del campanario que le vió nacer y vivía de la labranza, en compañía de sus cuatro hermanos, de su esposa y de su hijo, ya en la citada población, ya en la cercana hacienda de Chichihualco, que era la propiedad más importante que tenía la familia. Hasta sus oídos llegó muy debilitado el eco del grito de Dolores, y aunque no empuñó inmediatamente las armas para secundar'lo, ni él ni ninguno de su familia ocultaron sus simpatías por la causa independiente, lo que fué cau-

sa de que fuesen mirados con prevención por las autoridades realistas de Chilpancingo y de que para librarse de vejaciones se fuesen á vivir á Chichihualco, donde tuvieron que refugiarse en las cuevas inaccesibles de Michapa, que conocían perfectamente.

La llegada de Galeana con las avanzadas de Morelos y la presencia del Comandante Garrote, que iba á aprehender á los Bravo, fué causa de un conflicto en el que los propietarios ayudaron á los insurgentes contra los realistas, y de que su filiación netamente independiente quedase fijada, por lo que ya no tuvieron más remedio que seguir á Morelos, que no tardó en presentarse y que tenía muy buenas referencias de sus nuevos soldados, (Mayo de 1811). Con la derrota de Garrote hízose llana la ocupación de Chilpancingo y de Tixtla y aun la de Chilapa. Morelos retrocedió, una vez realizadas estas conquistas, al Veladero, donde reprimió la conspiración de Tabares y encargó á Don Leonardo el castigo de los traidores, así como la administración de la provincia de Tecpan, que acababa de crear Morelos; aquél supo secundar el pensamiento de éste y se ocupó de buscar cuevas de salitre, de construir sacos y útiles de guerra, reparar y cuidar el armamento, expedir pasaportes, etc. Decidida la segunda campaña, llamó á Don Leonardo

para que tomase parte en ella, y al efecto le confió el mando de una división que fué á operar sobre Izúcar y que atacada por Soto (17 de Diciembre), derrotó completamente á éste.

El 25 de Diciembre fué ocupada Cuautla, y mientras Morelos salía á expedicionar, Bravo levantaba trincheras, acopiaba víveres, instruía gente y adoptaba las medidas necesarias para defender la plaza si era necesario, ó para que tuviesen un refugio los insurgentes en el caso de que resultasen derrotados en la expedición de Tenancingo y Tecualoya. Decidido el sitio de Cuautla, ó el de Cuernavaca, pues ambas poblaciones ocupaban los insurgentes, Bravo activó las fortificaciones de la primera y cuando el asalto del 19 de Febrero se le confió la posición de Santo Domingo, donde rechazó á los enemigos que se le presentaron. Continuó en el mando del punto durante todo el sitio y supo rechazar los ataques que sufrió, así como contribuir á las diferentes salidas que se hicieron; consiguió dejar la plaza en la madrugada del 2 de Mayo cuando salió todo el ejército, y por causa de la dispersión sufrida se dirigió, en unión del Teniente Coronel Don Manuel Sosa, de Don Mariano Piedras, y de veinte hombres mal armados, á la hacienda de San Gabriel, perteneciente á Don Miguel Yermo, con el fin de alojarse y pasar

la noche del día 5. Aunque la mayor parte de los empleados y sirvientes ó habían salido huyendo ó estaban en el ejército de Calleja, algunos habían vuelto después de que Morelos dejó la hacienda en Diciembre anterior, y por lo que se les pudiere ofrecer, tenían enterrados un cañón, armas y buena cantidad de municiones.

Capitaneados por un filipino y reunida la gente, desarmaron á la escasa fuerza insurgente y aprehendieron á Bravo y á sus compañeros cuando estaban comiendo, y á pesar de que se defendieron valientemente, pues Bravo era hombre de mucha fuerza corporal; no considerando seguros á los presos, los llevaron á la barranca de Tilzapotla, en la misma finca distante tres leguas de la casa, y establecieron rondas para cuidar los caminos; atraparon al Teniente Coronel insurgente Luciano Pérez, que llevaba doce hombres y solicitaron auxilio á Cuautla, de donde Calleja envió al administrador de San Gabriel y á Armijo, que llevó á los presos á aquella población; de allí el General español lo trajo á México, así como á Piedras y á Pérez.

El oidor Bataller formó la causa, en la que entre otros cargos se le hacía el de que "no contento con adoptar este partido (el de la Independencia), sedujo y atrajo á él á su hijo, hermanos, resto de familia y cuantos vecinos tuvieron la debilidad de

prestar oídos á sus especiosas seducciones, ya valiéndose de los vínculos de la sangre, amistad, ascendencia y, últimamente de la fuerza. Este mismo interés mostró en año y cuatro meses que estuvo bajo aquellas banderas, obrando unas veces por sí y otras en consorcio de otros." Aquella causa, que se llevó con lentitud, no tenía más objeto que conseguir que Don Nicolás y los hermanos de Don Leonardo se separasen de la revolución; al efecto, el Comandante Fuentes, del Sur, escribió á Don Casimiro Bravo y éste á sus hermanos, instándoles para que dejasen las armas, y á Don Nicolás se le ofreció el indulto y la vida de su padre. Ya hemos visto en la respectiva biografía las causas que aquél tuvo para no indultarse. Morelos, por su parte, escribió al Virrey proponiendo el cange de Don Leonardo por ochocientos prisioneros que tenía en diferentes puntos, proposición á la que ni quiso contestar Venegas, pues creyó rebajarse tratando con un insurgente.

Bravo y sus dos compañeros Piedras y Pérez, sufrieron la pena de garrote vil en la calzada del Egido, de esta capital, el 13 de Septiembre de 1812; el primero, sobre todo, "dió pruebas de gran firmeza en sus últimos momentos, como las había dado también de valor en la campaña, especialmente en el sitio de Cuautla." El decreto de 19 de Junio de 1823 lo declaró benemérita.

to de la patria en grado heroico y mandó levantar un monumento á su memoria en el lugar donde fué ejecutado, pero aunque se empezó á preparar el terreno, no se siguió adelante la obra y hoy será difícil identificar ese lugar; en cuanto á sus restos, no se pudieron encontrar cuando en ese mismo año de 1823 se buscaron para llevarlos á la Catedral.



DON JOSE MARIA RAYON

Fué éste el tercero de los hermanos Rayón y nació en Tlalpujahua por los años de 1767 á 1769. Sólo hizo los estudios primarios y algunos superiores en el poco tiempo que permaneció en México al lado de sus dos hermanos mayores, Don Ignacio y Don Ramón.

Vuelto á su pueblo natal se dedicó á la minería y á la agricultura, y él fué el que atendió los intereses diversos que la familia tenía en Tlalpujahua y que en un tiempo ofrecieron tan halagüeña perspectiva, que se ha llegado á decir que allí adquirió aquélla una gran bonanza. En 1810 se dejó convencer fácilmente por Don Ignacio para seguir la causa de la revolución y lo acompañó á Guadalajara, donde se dedicó principalmente al periódico "El Despertador Americano," que Hidalgo empezó á publi-

car; estuvo en la batalla de Calderón y en la expedición de retirada que los primeros caudillos hicieron hasta el Saltillo. Allí quedó definitivamente á las órdenes de su hermano Don Ignacio y lo acompañó en la retirada que emprendió á Zacatecas, mandando una pequeña parte de las fuerzas insurgentes.

Y en aquel mineral fué despachado por Don Ignacio, en compañía del padre Gotor, Capellán que había sido de Calleja, y de tres españoles, para que entregase al General español la exposición firmada por Rayón y Licéaga, en la que le daban cuenta del objeto de la revolución. Calleja recibió fríamente á los comisionados, no contestó á Rayón y puso preso á Don José María, al que tal vez hubiese fusilado, á no ser "por los influjos del Coronel Conde de Casa Real, quien le retribuyó de esa manera los servicios y buen trato que le debía en el tiempo que estuvo prisionero en poder de Hidalgo." No asistió Don José María á la acción del Maguey, por la circunstancia de estar detenido, y se dirigió resueltamente á Michoacán, uniéndose á Don Ignacio en Tuzantla y contribuyendo á las fortificaciones y defensa de la Villa de Zitácuaro, así como á que se instalase la Junta. Peregrinó con ella algún tiempo y al fin quedó en Tlalpujahuá con el carácter de Comandante interino del Cantón, mientras el propie-

tario, Don Ramón, expedicionaba por Guanajuato, y Don Ignacio iba á Huichápam. Escaseando el numerario en el campo insurgente, Don José María estableció en Tuxpan una fábrica de moneda que en poco tiempo fabricó reales, medios y pesetas que se necesitaban. En Diciembre se incorporó con su batallón á los de sus hermanos, con el objeto de reconocer las fortificaciones del cerro del Gallo, mas como se tuviese temor de un ataque de los realistas, salió á expedicionar por las inmediaciones y tuvo ligeras escaramuzas con las pequeñas partidas que merodeaban por el rumbo.

Acompañó parte del camino á su hermano Don Ignacio cuando fué á arreglar sus diferencias con Verduzco, y después de esta desgraciada expedición en que se vieron atacados los hermanos por fuerzas superiores, se encargó de custodiar las familias, archivos é intereses en el campo del Gallo, pero amenazada de cerca esta fortificación, salió con aquellas para la Tierra Caliente y se situó en Huetamo, al otro lado de las Balsas, donde ya no llegaba la jurisdicción virreinal. En unión de Don Ramón se dirigió á la isla de Pacanda, en la laguna de Pátzcuaro, para reconocerla y decidir si era fortificable ó no, pero la activa persecución que les hacían los realistas les impidió permanecer más tiempo allí; durante el tiempo de que pudieron disponer se

ocuparon en arreglar el viaje á Chilpancingo para que Don Ignacio ocupase se puesto en el Congreso, y el 2 de Noviembre (1813), que llegó á aquella población, presentó una pequeña división bien vestida, limpia y disciplinada que nada tenía que envidiar á los veteranos que obedecían á Morelos.

No acompañó á Don Ramón en su expedición á Oaxaca, sino que permaneció en Michoacán, y más especialmente en Tlalpujahuá, y durante varios meses permaneció en la inacción ú ocupado en fabricar armas y municiones que depositaba en Cópore, lugar que se empezó á fortificar en 1814. Estaba en ese punto cuando Llano é Iturbide lo atacaron, y contribuyó á rechazarlos; siguió en él durante algún tiempo, pues parece que estaba disgustado con Don Ignacio, y poco salió á expedicionar por las cercanías y aun parece que al fin, aquejado por una enfermedad del cerebro, acabó por dejar las armas. Sea como fuere, no se encontraba en Cópore cuando aquella fortaleza se rindió (7 de Enero de 1817), después de siete meses de continuo asedio, pero la capitulación lo comprendió á él así como á todos sus hermanos. En una de las continuas disidencias que promovió Don Ignacio Rayón y á las que arrastró á sus hermanos, Don José María cayó prisionero de los mismos insurgentes, que lo tenían pre-

so en Patambo desde Agosto, de orden de la Junta de Jaujilla. A ese lugar fué conducido Don Ignacio, aprehendido por Bravo de orden de la misma Junta, en 1817, y cuando los realistas pasaron el río en pos de éste y del Doctor Verduzco, aprehendieron á todos y al mismo Don Nicolás Bravo, que los cuidaba, no habiéndolo hecho con Don Pedro Villaseñor, por haber conseguido escapar á tiempo.

Don José María, que había perdido completamente la razón, estaba con su esposa y sus cuatro hijos, todos los cuales quedaron en libertad por las diligencias de Don Ramón y de Don Rafael, que hicieron presente estar comprendido en la capitulación de Cópore y que además estaba demente; llevado á Tlalpujahuá permaneció allí varios años, y habiendo recobrado la razón y quedado viudo, hizo los estudios necesarios para sacerdote y se ordenó ya realizada completamente la Independencia. Pocas noticias se tienen ya de su vida, y se sabe únicamente que en 1836 era Canónigo de la Catedral de Morelia y que algún tiempo después fué Gobernador del Obispado de Michoacán; ignoramos la fecha de su muerte.

Don José María era admirador de su hermano Don Ignacio, al que siguió casi siempre, y con él conservó mejores relaciones fraternales que con Don Ramón y Don Rafael, que á su turno casi siempre estuvie-

ron unidos. Las penalidades y trabajos que sufrió después de la rendición de Cóporo y las tristes circunstancias á que se vió reducido y que lo obligaron á ir á impetrar auxilios de la Junta de Jaujilla, fueron las causas de su demencia, la que empezó con manifestaciones de violencia, de las que fueron objeto los miembros de esa Junta.



DON MIGUEL BRAVO

Fué el segundo de los hermanos Bravo que se lanzaron á la revolución en Mayo de 1811 cuando las fuerzas de Morelos, mandadas por Galeana, se presentaron en la hacienda de Chichihualco. Sea porque el Sr. Morelos descubriese en él algunas aptitudes guerreras ó porque lo viese persona formal y con hábito de mandar, le dió desde luego el mando de una pequeña fuerza en el ataque que dió pocos días después á Chilpancingo, y lo utilizó en las ocupaciones de Tixtla y de Chilapa. En Chautla Don Miguel recibió el mando de un Cuerpo de cuatrocientos hombres, con el que debía dirigirse á Oaxaca, y llevó como segundos á Don Valerio Trujano y á Don Julián Avila, y al principio no encontró enemigos; en Ometepec se encontró con Páris, que le hizo prisionero al Mariscal padre Don José